

Peripécia del libro chileno

Hemos recibido de un lector la siguiente carta:

«Estoy en una comida con muchas damas y caballeros. Cerca, a mi lado, hay una señora que habla con elocuencia inquietante. Habla de libros, de autores, cosa que me hace fruncir el ceño. De pronto le pregunto:

—Señora, ¿ha leído usted la novela de Fulano? Es una novela chilena de un político muy conocido que acaba de salir y que ha tenido bastante éxito.

Me queda mirando con una expresión que bien pudiera ser asombro o irritación y luego responde:

—¿Pero usted está loco? ¿Yo leer libros nacionales? Jamás, señor mío... Son aburridos, cursis, monótonos, insoportables. Yo sólo leo a Lawrence, Joyce, Proust, Valéry, Virginia Wolf... ¿Chilenos? Créame que nunca he leído un libro chileno...

—Pero señora — insisto — hay algunos muy buenos, muy agradables... Y además usted... Usted que es chilena... no puede...

—Sí, ya sé lo que me va a decir—interrumpe—. Me lo han dicho muchas veces, porque no es ésta la primera vez que yo discuto el punto... Ya sé que soy antipatriota, que soy snob, etc... etc... ¿Pero qué quiere usted? Me aburren los libros chilenos... No tienen novedad alguna... Son pesados... Excúseme...».

La anécdota es exacta, auténtica. Hay varios testigos que la oyeron, varias personas que intervinieron para ayudarme a convencer a esa dama, a medida que el diálogo se desenredaba acerca de ese tema, los vecinos de mesa tomaban partido alternativamente, ya por la dama, muy suavemente, ya por mí, en forma más resuelta. Pero todo fué inútil. Todo terminó entre risas, porque no era posible terminar a golpes, si es que la impaciencia nos hubiera arrastrado a olvidarnos de que estábamos en un Hotel de moda...

Así va el mundo y así son, por lo general, las manifestaciones antiliterarias que de ordinario se oyen entre personas más o menos cultas. Todos prefieren el libro extranjero, la novela extranjera. En cuanto a los versos, aparte de los especialistas o de los devotos, que son pocos, de la poesía, el resto vive la vida oscura de lo indeterminado, la vida de la negación. Yo contemplo los afanes heroicos y pienso en nuestros comienzos, en nuestras luchas, aun más terribles que las actuales. Por lo menos podemos constatarlo directamente, sin que nos valgamos de otros documentos que nuestra propia desesperación o nuestra propia angustia.

Aquella dama del banquete no es un límite estricto. Es una legión. Una sombra continua sobre el corazón de los escritores. Los más leídos, apenas si son leídos por unas dos mil personas a lo largo de un país de cinco millones de habitantes. En las librerías se envejecen los volúmenes. Pasan sobre ellos los días, los meses, los años. Cuando un escritor se resuelve a hacer una segunda edición de uno de sus libros—novela, cuento, versos—han pasado diez, veinte años.

Voy a citar algunos casos. Primero el de Mariano Latorre.

De su libro «Cuentos del Maule», publicado en 1912, no se ha hecho edición alguna, aparte de esa primitiva. Se comprende este horror, este vacío, esta larga lanza desértica en la cual los cuentos del Maule apenas si parecen como yerbajos secos, desparramados.

La Editorial Nascimento acaba de hacer una segunda edición de «Cuna de Cóndores», publicada en 1916. Es decir, hace 29 años de la publicación de ese libro, que según se afirma por algunos críticos es el mejor del autor 29 años después, 29 después de grandes lluvias y temblores, y crisis y tragedias, ha aparecido la segunda edición.

¿De cuál de los libros de Barrios se ha hecho una segunda edición? De «El niño que enloqueció de amor». Bien. «De «Un Perdido», publicado en 1918 algunas. Y a esto llaman pasión,

cultura, civilización, amor por el libro nacional. Tentado estoy de buscar a la dama del banquete y decirle: —Señora, qué admirable sentido de la realidad tiene usted... Porque en verdad, el mundo chileno, el mundo santiaguino, este pequeño mundo tan heroico, no ha sido capaz de experimentar el mayor de los heroísmos... El de dar su simpatía a los libros chilenos...

Pero sigamos: de los libros de Joaquín Edwards Bello sólo de «El Roto», se han hecho algunas ediciones. Y no es éste el mejor de los libros de Edwards Bello. Hay otros superiores en todo sentido. De «El Roto», porque es «el roto», o sea la historia de un prostíbulo, se ha logrado que el público la acepte y exija ediciones.

Sigamos: de «Alsino» de Pedro Prado, publicado hace un cuarto de siglo, sólo ahora se ha visto un editor obligado, nadie sabe por qué, a hacer una segunda edición.

La historia sería muy larga. No creemos que hoy sea más voluminoso este público que lee. Es sí más voluminoso respecto de los libros extranjeros, en ediciones argentinas o mexicanas. Las librerías están invadidas de libros europeos, traducidos. El libro extranjero entra por la vista, por los poros de la piel, por los orificios de la nariz. En todas partes, en todos los kioskos, en todos los escaparates, en todos los rincones están las portadas llamativas de los libros europeos, traducidos al español y puestos a vender.

Pero veamos un caso mucho más elocuente, un caso entre cómico y trágico, algo que puede dar la medida exacta de lo que es para los chilenos el libro chileno, su vejamen y su desprecio. La escena pasa en la Estación Alameda. Esta escena no es imaginada. Es auténtica, como que la persona que la padeció puede en cualquier momento atestiguarlo.

Exite en esta Estación un kiosko ambulante de libros y revistas que suele colocarse siempre frente a los vagones de primera clase. Una mañana, esta persona fué a la Estación a despedir a una familia amiga. Por curiosidad se acercó al kios-

ko y examinó los libros. Debo advertir que esta persona tiene un gran aprecio por el libro chileno, y siempre está librando batallas por él en todas partes. Pues bien, esa mañana se dirigió al hombre que atendía el kiosko y le preguntó:

—¿No tiene Ud. el libro «No sirve la Luna Blanca»?

—No... contestó el hombre...

—¿Tiene «Esta bella ciudad envenenada»?

—No... señor...

—¿Y «El Viaje Literario»?

—No... oiga—insistió el hombre—¿qué libros son esos»...

—Chilenos... pues hombre...

—Ah... bah... por qué no empezó por ahí pus... Yo no tengo libros chilenos porque nadie los pide... pus... pa qué voy a perder plata en eso...

—Pero es que lo que usted debe preferir es lo nacional... insistió el comprador.

—Así será... pero el negocio es negocio. Aquí los pasajeros cuando compran libros ellos mismos eligen lo que hay a la vista... Nadie me pide nunca un libro chileno.

Y bien, todo esto es la forma más usual del vejamen criollo a la literatura criolla. Y esto que ocurre entre nosotros, ocurre en forma exactamente igual en los demás países hispano-americanos.